

**Breves impresiones sobre el XX Congreso de la
Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) /
Martín Tanaka**

En este texto, presentamos una impresión personal de lo que fue el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS, realizado en la ciudad de México, entre el 2 y el 6 de octubre de 1995). Conviene resaltar que se trata de un testimonio de parte; resulta imposible para una sola persona dar una visión de conjunto del evento. El Congreso tuvo un carácter realmente masivo, con diecisiete comisiones de trabajo de los más diversos temas, todo repartido en unos diez locales ubicados en diversos puntos del caótico centro histórico de la ciudad de México. Esta reseña es por ello sólo una versión parcial de un participante interesado en temas de ciencia política (sin duda algún asistente interesado en temas de demografía o sexualidad, por poner sólo dos ejemplos, puede haberse llevado impresiones totalmente distintas).

En lo que sí creo que todos podríamos estar de acuerdo es que el Congreso fue bastante caótico en términos organizativos. No se programaron con anticipación las presentaciones de ponencias de modo de poder asistir a las que a uno le interesaran, cruzando comisiones de trabajo. Recién hacia el tercer día hubo programación (en los dos primeros, muchos de los que presentaban ponencia tenían que estar

siempre en sus comisiones porque les podría tocar exponer en cualquier momento), pero ella era muy difícil de obtener (había que ir al local de cada comisión para enterarse). De otro lado, resultó casi imposible obtener copias de las ponencias. Inexplicablemente, no estaban todas, y las que habían no eran fáciles de conseguir, ya que se pusieron a disposición sólo hacia el final del Congreso. Todo esto sin contar con errores en la programación, incumplimiento de horarios, y «detalles» por el estilo. No se trata de «detalles» o de una cuestión menor: si el objetivo fundamental del Congreso era propiciar el intercambio de ideas y la discusión, crear espacios de encuentro entre sociólogos de diversas regiones e intereses, el objetivo no llegó a cumplirse sino muy parcialmente.

En términos propiamente académicos, dadas las características masivas del Congreso, podría afirmarse que se pudo encontrar de todo. Desde ponencias pésimas, regulares, hasta muy buenas, presentadas ya sea por jóvenes recién egresados como por algunas «vacas sagradas» del pensamiento latinoamericano, aunque esto último fue la excepción: las «figuras» por lo general estuvieron en las conferencias y mesas redondas, en «las alturas», no en «el llano», como creemos

debió haber sido para hacer más fructífero el evento (como sucede en otros congresos, como en el de LASA, del que hablaremos más adelante). Claro que hubo excepciones; por ejemplo, Carlos Vilas sí estuvo coordinando activamente la Comisión sobre Reforma del Estado, creando un buen ambiente de trabajo y discusión. De la diversidad de ponencias presentadas, sólo una cosa puede sacarse como conclusión: que los sociólogos latinoamericanos carecen en la actualidad de certidumbres y de paradigmas claramente predominantes, con lo que los enfoques teóricos y metodológicos, así como las preferencias temáticas o ideológicas, comprenden un enorme abanico de posiciones.

Sin embargo, estas incertidumbres y esta diversidad no estaban expresadas en las conferencias y mesas redondas (programadas por los organizadores, es decir, por la Asociación Latinoamericana de Sociología), que son las que finalmente le imprimen su carácter al Congreso. El perfil que surge de las mesas y conferencias presenta a ALAS como una suerte de «reducto» del pensamiento de izquierda latinoamericano, heredero de una tradición que podríamos llamar marxista-dependentista-estructuralista, en medio de la ola neo-liberal (por ejemplo, en más de una sesión, cada vez que se mencionó el nombre de Fernando Henrique Cardoso, se escucharon pifias por parte de un sector del auditorio). El problema con ello es que ALAS empieza lamentablemente a desvincularse de otras posiciones, temáticas y

preocupaciones cada vez más centrales en el ejercicio de la sociología, con lo que a la larga, de no ampliarse, hacerse más plural y cercana al ejercicio de la sociología «realmente existente», puede terminar por convertirse en un ghetto.

Esto que decimos lo sacamos a partir del espíritu que primó en algunas de las conferencias y mesas redondas. En las primeras, fue común un discurso de denuncia, de los (terribles) resultados de las políticas neo-liberales, antes que un análisis de las mismas: por ejemplo, en la conferencia de Pablo Gonzales Casanova, suerte de patriarca de la sociología latinoamericana. Sin embargo, nos parece que más interesante hubiera sido preguntarse por qué políticas tan nefastas se han aplicado de manera tan generalizada en todo el mundo, y concitando en no pocas ocasiones el abrumador respaldo de la población (como en nuestro país). O qué consecuencias han dejado dichas políticas sobre la dinámica social, política y cultural de nuestros países, más allá de la constatación del agravamiento de los niveles de pobreza. En general no primó un espíritu analítico, sino más bien uno «combativo», por así decirlo. Incluso se llegó a proclamar no sólo el fracaso y fin del neo-liberalismo, en razón a sus devastadores efectos, sino incluso la inviabilidad y a la larga el derrumbe del sistema capitalista: hasta esos extremos llegó por ejemplo Immanuel Wallerstein, desde un discurso tan global que resultaba muy difícil de vincular con la pedestre realidad concreta, claro que con la eru-

dición y el encanto al que nos tiene acostumbrados en sus textos.

Pero en algunas mesas redondas no sólo se presentó este espíritu, sino el abierto rechazo a considerar y discutir seriamente nuevos enfoques que nos ayuden a complementar los tradicionales, que sentimos cada vez más insuficientes. Este aferrarse a las viejas convicciones se vio claramente en la mesa sobre el tema «Modernidad, premodernidad, postmodernidad», donde participaron Edgardo Lander, Juan Carlos Portantiero, Atilio Borón, Marcos Roitman y Norbert Lechner (la mesa fue moderada por nuestro compatriota Alberto Rocha). Antes que una reflexión sobre la pertinencia o no de la literatura sobre la posmodernidad, la mesa se convirtió, en el más viejo y peor estilo, en una asamblea de izquierda (por obra de Roitman y Borón, principalmente), donde antes que nada se buscaron los aplausos del auditorio y el señalamiento de la «línea correcta». Borón empleó argumentos tan elaborados como: «¿han visto alguna vez un chancho volar? Entonces, la posmodernidad no existe». Por su parte Roitman «denunció» que la temática de la posmodernidad implicaba «la renuncia a toda posibilidad de un pensamiento crítico».

Juan Carlos Portantiero y Norbert Lechner intentaron una evaluación más seria de la pertinencia de la literatura sobre la posmodernidad para nuestros países, pero por ejemplo Lechner, más entusiasmado por ésta, resultó al final injustamente satanizado

(perdió en la competencia de aplausos). En otras palabras, no primó un ambiente de discusión (ello se hubiera logrado con mesas más representativas de las diversas posiciones existentes), sino un ambiente asambleístico.

La otra cara del rechazo superficial a nuevos temas e ideas la constituyó un discurso sumamente autocomplaciente respecto de la trayectoria y actualidad del pensamiento de izquierda en la sociología latinoamericana. Acá resultó interesante la mesa «Balance y perspectivas de las Ciencias Sociales», en la que participaron Fernando Martínez, Lucio Olivier, nuestro compatriota Aníbal Quijano y Heinz Sonntag. Esperábamos (ingenuamente) un balance y una autocrítica colectiva sobre los aportes y límites de la sociología latinoamericana de izquierda, especialmente necesaria en un momento en el cual ella aparece totalmente desbordada por los acontecimientos, sin capacidad explicativa de muchos de los fenómenos recientes, a la defensiva frente al pensamiento conservador, sin capacidad de diagnóstico y propuesta.

Por el contrario, la mesa se convirtió en parte en una denuncia (otra vez) de los efectos de las políticas neo-liberales (agudamente señalados por la sociología latinoamericana de izquierda), y en parte en un inventario colectivo de aciertos, profecías incumplidas, y felicitaciones mutuas por la vitalidad y energía de una tradición de pensamiento que iba desde la teoría de la modernización y el primer dependentismo

hasta el más reciente neoestructuralismo y, por qué no, que tenían raíces en el pensamiento de Mariátegui, como se encargó de recordarnos Aníbal Quijano. La discusión que se suscitó luego de las exposiciones se convirtió casi en una sesión catárquica, donde se sucedieron emotivas declaraciones de renovada fidelidad al marxismo y al pensamiento dialéctico (lo digo sin exagerar), pero donde hubo muy poca voluntad de analizar el porqué de la crisis que vive la sociología latinoamericana (alguien llegó a decir que no había que preocuparse por la crisis porque ella constituye sólo una etapa dentro del proceso de superación dialéctica).

En suma, mientras que en las comisiones y mesas de trabajo tendió a primar la diversidad y el pluralismo, en los eventos centrales tendió a primar un pensamiento de izquierda envejecido y un rechazo muy defensivo (y poco propositivo) a la «ofensiva neoliberal». Esto hace que el balance final del Congreso, a nuestro juicio, sea bastante malo. Creemos que ALAS lamentablemente se desvincula de la realidad de la sociología latinoamericana actual; que ya no es de izquierda necesariamente como antes, que está en una profundísima crisis, sin proyecto, sin propuesta, sin un claro aporte disciplinar y sin un claro perfil profesional, sin saber establecer la relación entre el ejercicio profesional y las características actuales de nuestras sociedades, con cada vez menor financiamiento, con cada vez menores oportunidades de trabajo, con ONG

que limitan personal cuando no cierran sus puertas... casi nada de esto se discutió en el Congreso.

Resulta interesante que durante la ceremonia de clausura del Congreso, cuando se informaba sobre el Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Ciencias Sociales, la joven estudiante de la UNAM que hizo la relatoría hizo que por un momento se tocara tierra. Más allá de las denuncias y de las proclamas, de la afirmación de la renovada vitalidad de la sociología en la región, encontramos que muchos de los estudiantes de sociología se preguntaron por cosas más pedestres en sus ponencias y discusiones: ¿en qué voy a trabajar cuando termine? ¿Para qué sirve lo que estudio? ¿Qué es ser sociólogo? ¿Por qué diablos me metí en esto? Este tipo de preguntas nos parece que apuntan a temas fundamentales, y el Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología estuvo de espaldas a ellas y otras igualmente importantes.

Así, ALAS aparece desvinculada del estado actual de la sociología en la región, no siendo capaz de expresar su diversidad y sus problemas. Y por ello, tampoco sus más recientes preocupaciones académicas. Hace algunos años ALAS efectivamente era uno de los núcleos que animaba la reflexión más interesante que se producía en nuestros países. Es al respecto interesante consultar por ejemplo la *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIII, vol. XLIII, de abril-junio de 1981. El número reproduce algunas

ponencias del XIII Congreso de ALAS, y se discuten temas como la democracia en América Latina y el papel de los movimientos sociales; en el contexto de la época, se trataba de una reflexión sobre temas «de punta», además innovadores y críticos en relación al pensamiento de izquierda más tradicional, que siempre menospreció la discusión sobre el tema de la democracia. Ese tipo de reflexión y apertura fue el que extrañamos en el XX Congreso.

A propósito de la desvinculación de ALAS del ejercicio profesional de la sociología y de las últimas preocupaciones a nivel académico, es importante notar que apenas unos días antes, a fines de setiembre, se realizó en Washington D.C. el XIX Congreso del Latin American Studies Association (LASA). Esta institución parece perfilarse cada vez más, a contracorriente de lo que puede estar sucediendo con ALAS, como el espacio de intercambio de los académicos «serios», y de «nivel», donde se discuten los «temas de punta», en un ambiente pluralista. Algunos científicos sociales empiezan ya a tratar a ALAS como un espacio «de segunda» en relación al de LASA (es decir: presentan ponencias en LASA, pero no en ALAS). Sea correcta o no esta imagen, creo que sí es claro que como imagen, empieza a consolidarse. Con los años, LASA dejó de ser el encuentro de latinoamericanistas estadounidenses con tendencias conservadoras, para ser un espacio cada vez más plural de

intercambio entre latinoamericanistas de EE.UU. y Latinoamérica (a propósito, en el último Congreso de LASA, nuestro compatriota Carlos Iván Degregori ingresó a su Consejo Ejecutivo).

Sería realmente una lástima que ALAS fuera perdiéndose como espacio de encuentro, discusión y promoción de nuevas ideas y propuestas. Sin duda, es heredera de una trayectoria valiosa y de un perfil que no debe perderse; pero para ello, debe ponerse a tono con los tiempos: con esto no queremos decir sino que debe abrirse plenamente a nuevos enfoques e ideas, aunque ello cuestione viejas convicciones. Ello obviamente no implica renunciar a un perfil de izquierda, pero sí implica definitivamente renunciar a un pensamiento anquilosado y a un espíritu intolerante. Dicho sea de paso, esa es la única forma de seguir siendo fiel a su tradición. Esperemos que el próximo XXI Congreso de ALAS, a realizarse en San Pablo, Brasil, en 1997, sea mucho mejor que el XX. Tiene que serlo, entre otras razones, porque el próximo XX Congreso de LASA será en Guadalajara, México (el mismo año), con lo que su asistencia se hace mucho más accesible. Por ponerlo en términos de moda, ALAS debe lograr de algún modo ser competitivo frente a LASA. Ojalá que ALAS logre la pluralidad que requiere para no quedar convertido sólo en un «reducto» izquierdista y en un mero pretexto para practicar el tradicional «turismo académico».